

UNA INDUSTRIA ALEMANA CRECIENTE, LA DE ARMAS

En 1951, al salir de la prisión de Landsberg cumplida su condena como criminal de guerra, Alfred Krupp von Bohlen Halbach juró «no volver a fabricar armas nunca más».

Exactamente un año después de producirse la muerte del heredero de la dinastía de los Krupp (1967) se quebrantó el juramento y los industriales alemanes volvieron a dedicarse al lucrativo negocio de la fabricación de armamento.

Actualmente, los fabricantes de armas alemanes cosechan éxito tras éxito en todos los frentes. «Todas nuestras armas son superiores a las equivalentes americanas», asegura jactancioso el constructor de cohetes Ludwig Boelkow.

Hacia finales de 1971, la industria de armamentos alemana había satisfecho pedidos de las Fuerzas Armadas de la Alemania Federal por un valor de más de 24 millones de dólares, y sus mercados, lejos de limitarse al territorio federal, se extendían por gran parte de la superficie del globo.

En Munich, Friedrich Flick, otro veterano de la industria, transformó sus fábricas de locomotoras Krauss-Maffei en la mayor planta de fabricación de tanques de Europa.

La familia Roechling, que se dedicó a la producción de acero durante el Segundo y el Tercer Reich, ha adquirido el 80 por 100 de las acciones de la industria Rheinmetall tras la autorización expresa del Ministerio de Defensa para la ampliación de dicha industria: Rheinmetall podrá disponer en adelante de una planta de armas y municiones destinadas al Bundeswehr.

Desde Herbert Quant hasta las dinastías de Haniel y Henle, del industrial Ruhr; desde Siemens hasta la Rheinmetall; desde los constructores de aviones, los hermanos Dornier, radicados en el lago de Constanza, hasta el armador Blohm, que tiene sus astilleros en la desembocadura del Elba, todas las grandes firmas han vuelto a dedicarse sin escrúpulos de ninguna clase a la producción de armas.

No sólo se han disipado totalmente los escrúpulos que caracterizaron al período de la inmediata posguerra, sino que los fabricantes de armamentos se jactan ahora abiertamente en su publicidad de la «capacidad destructora» de sus productos.

Según el Ministerio de Defensa de Bonn, todos los años se dedica aproximadamente el 2 por 100 de la producción industrial a la fabricación de armamentos. Esta cifra es considerablemente inferior a la de otros países, como Estados Unidos, Francia o Gran Bretaña, pero incluso Ernst Wolf Mommsen, secretario del Ministerio de Armamentos, se ve obligado a reconocer que «este complejo tiene raíces mucho —y nadie sabe cuánto— más profundas».

Ha crecido aceleradamente la participación de la industria germana en el equipamiento de la Bundeswehr. Aproximadamente el 80 por 100 de la industria aeronáutica de la República Federal trabaja para las Fuerzas Armadas.

Solamente en la gran firma bávara Messerschmitt-Bölkow-Blohm (MBB) hay más de veinte mil empleados trabajando en pedidos del Gobierno. La firma MBB fabrica el turborreactor «Starfighter» y monta además el «Phantom». Además ha puesto a punto el helicóptero BO-105 y participa con un

La industria aeronáutica germano-occidental absorbe aproximadamente 433 millones de dólares del presupuesto anual de defensa del país.

Las firmas de electrónica ocupan también una posición clave en la industria de armamentos, que antes eran prácticamente un monopolio de la industria del acero. Prácticamente todas las firmas de electrónica tienen relaciones comerciales con la Bundeswehr.

El director de Siemens, Bernard Plettner, afirma un tanto modestamente: «Jamás hemos hecho entre-

astilleros. La HDW ha recibido pedidos del Perú, de Colombia y de Argentina.

Werner Bartels, jefe de Blohm und Voss —que en la época de la batalla del Atlántico se dedicaba a botar submarinos a un ritmo de uno semanal— opina que «la Marina es hoy demasiado pequeña», por lo que ha decidido utilizar la división de maquinaria de su empresa para colaborar en la construcción del tanque «Leopard».

El «Leopard», diseñado por la firma Porsche, gran constructor de automóviles tipo «sport», es fabricado por la Krauss-Maffei de Flick, firma que, gracias al tanque, ha triplicado sus ingresos globales en el curso de los últimos años. Desde 1965, 40 tanques «Leopard», por un valor de 365.000 dólares cada uno, han salido mensualmente de las cadenas de producción de la citada fábrica. La Bundeswehr ha comprado 1.845 de estos tanques, y la firma ha recibido igualmente pedidos de Italia, Holanda, Bélgica y Noruega.

El otro tanque alemán, el «Marder» (utilizado para el transporte de tropas), es construido por la Rheinmetall de Essen, una de las mayores empresas alemanas dedicadas a la fabricación de armamentos.

La Rheinmetall fabrica todo tipo de armas, desde submarinos hasta helicópteros.

La firma Krupp, ubicada en la misma calle que la Rheinmetall, unos centenares de metros más abajo, también se dedica activamente a la producción de armamento. La firma, que lleva ya ciento veinte años dedicada a la fabricación de cañones, vende actualmente —al margen de sus contratos con la aviación militar— tanques, submarinos de bolsillo y tubos lanzatorpedos, equipo de radar y de detección de sonido, mecanismos de navegación submarina y equipo para la construcción de puentes móviles. Dos tercios de los ingresos de la Krupp Atlas de Electrónica, de Bremen, y casi el 50 por 100 de su filial, Mak, de Kiel, proceden de la fabricación de armamentos.

El director de la firma, Günter Vogelsang, hace una interpretación muy «sul género» del juramento de Alfred Krupp. «Las armas —dice— son sólo instrumentos que hacen bang-bang».

Esta reciente y creciente industria de armamentos no se limita de ningún modo a la Alemania Occidental y a Europa. En Washington, por ejemplo, se proyecta organizar el año que viene una feria dedicada a la industria del armamento, destinada a demostrar la eficacia alemana en el campo de la defensa. Los vendedores de armas alemanas han invadido rápidamente los mercados internacionales.

El director de Rheinmetall, Dietrich Falcke, afirma: «Nuestros productos sirven a la seguridad extar-

LA R.F.A.
EXPORTA
GUERRA

40 por 100 en la construcción del modelo de avión de combate MRCA («Multi-role Combat Aircraft»). También fabrica los cohetes antitanque «Cobra», «Milan» y «Hot»; el cohete antiaéreo «Roland», y el antitárcos «Cormorant».

La segunda firma aeronáutica VFW (Vereinigte Flugtechnische Werke), de Bremen (el 35,2 por ciento de cuyo capital pertenece a la Krupp), tiene unos ingresos brutos anuales de 133 millones de dólares.

Dornier, la tercera en importancia de las empresas aeronáuticas, fabrica aviones de hélice ligeros para el Ejército y las Fuerzas Aéreas, y se dedica también al montaje del helicóptero de transporte UH-1D.

La firma MTU (Motoren-und Turbinenunion), de Munich, construye motores para cazas: un 90 por 100 de sus pedidos proceden directamente del Ministerio de Defensa Federal.

ga de un sistema de armamento completo». Actualmente Siemens trabaja en la construcción de un equipo de radar y control de incendios para el nuevo «Flak-Panzer» (tanque antiaéreo).

La AEG-Telefunken construye el cohete americano «Hawk», el equipo de radar del «Starfighter», y está actualmente desarrollando varios sistemas de torpedos.

Casi todos los astilleros disponibles están trabajando para la Marina. La Howaldtswerke-Deutsche Werft (HDW), de Kiel, es el mayor contratista del Gobierno de Bonn en lo referente a la fabricación de submarinos. La HDW ha firmado contratos con Bonn y otros países extranjeros para la construcción de 28 submarinos por valor de novecientos millones de marcos. El presidente del Consejo de Administración de dicha firma, Norbert Henke, considera la producción de armamentos como una de las mejores fuentes de ingresos de los

na, igual que los productos de otros sirven a la seguridad en las carreteras». En su opinión, la industria de armamentos alemana goza cada vez de mayor prestigio en todo el mundo.

La firma Diehl, dedicada a la fabricación de relojes de pulsera y despertadores, produce igualmente municiones para tanques, granadas de mano, minas y bazookas, campo éste en el que cada vez goza de mayor reputación.

La casa Mauser —la marca de armas de fuego más prestigiosa entre todas—, según reza el «slogan» publicitario utilizado por dicha firma en Estados Unidos— fabrica armas para el Ejército y las Fuerzas Aéreas germanas, y está actualmente dedicada a la puesta a punto de un cañón que irá a bordo del nuevo cazabombardero europeo.

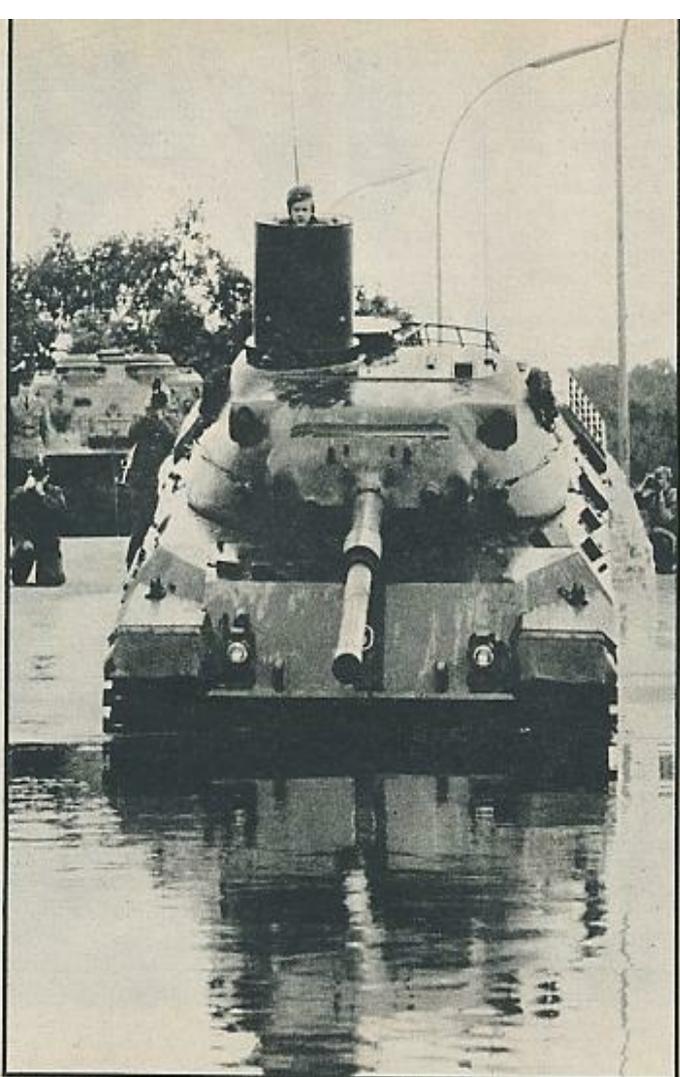
Ni siquiera el Ministerio de Defensa dispone de una lista completa de las firmas que trabajan en el terreno de los armamentos como subcontratistas o sub-subcontratistas. Esta versátil industria medra diariamente sin preocuparse para nada de su vergonzoso pasado.

Los fabricantes germano-occidentales, legítimamente orgullosos de la calidad de los productos nacionales, han conseguido expulsar de los arsenales de la Bundeswehr a sus rivales extranjeros —en su mayor parte americanos—. En 1959, sólo el 57,6 por 100 de las armas germano-occidentales eran de fabricación nacional; en 1969, esta cifra era ya del 77,3 por 100.

Hoy, después de diecisiete años, el ministro de Defensa, Helmut Schmidt, proyecta llevar a cabo un «gran rearme». Se desechará todo el material adquirido en la inmediata posguerra, decisión que tiende, sin duda, a favorecer considerablemente a la industria germana.

El año pasado, un círculo de industriales que han firmado contratos con el Ministerio de Defensa comenzaron a celebrar reuniones periódicas en la sede de dicho ministerio. Al mismo tiempo, la industria empezó a cultivar relaciones con los diputados parlamentarios que figuran en el Comité de Defensa. Una serie de almirantes, generales y secretarios de Estado del Ministerio de Defensa jubilados han pasado a ocupar puestos directivos en las firmas de armamentos. Apenas hay una empresa dedicada a la fabricación de armamentos en la que no ocupen algún cargo ex oficiales de alguno de los Ejércitos. En torno al Ministerio se han establecido unas 180 oficinas de enlace y de ventas.

El «lobby» de los generales ha alcanzado unas proporciones tales que el ministro de Defensa, Schmidt, hubo de decretar recientemente que en adelante ningún ex oficial podría ocupar puesto alguno en la industria de armamentos hasta tres años por lo menos después de abandonado el servicio activo.



A finales de 1971, la industria de armamentos alemana había satisfecho pedidos de las Fuerzas Armadas de Alemania Federal por un valor de más de 24 millones de dólares.

Naturalmente, no ha podido evitarse la corrupción dentro del creciente complejo militar-industrial. En Koblenz, cuartel general del departamento de adquisición de armamentos de la Bundeswehr, cinco abogados del Gobierno han sido acusados de corrupción en la distribución de diversos contratos por un valor total de 3,3 billones de dólares anuales.

La Oficina Federal de Cuentas indicaba en su último informe que en 1968 y 1969 se despilfarraron casi 50 millones de dólares en requestos para la Luftwaffe y que, según el Ministerio de Defensa, habían desaparecido misteriosamente nada menos que 150.000 rifles.

Según la misma oficina, con las piezas de recambio para reactores «Starfighter» y «Fiat» G-9 disponibles para cien años. Se firmaron además contratos con tres firmas aeronáuticas para el desarrollo de un avión de despegue vertical que, según el secretario de Estado, Mommsen, no tenía «ninguna aplicación militar real».

El Ministerio de Defensa no cuenta prácticamente con ningún departamento de investigación propio, por lo que todo el presupuesto para la investigación, el desarrollo y pruebas de armamentos (466 millones de dólares en 1972) va a engrosar las arcas de la industria o de las compañías privadas.

Cuanto más dinero dedica el Ministerio de Defensa a la financiación de proyectos de desarrollo de

nuevos modelos de armamento, menos han de gastar las compañías en investigación de mercados.

De ese modo los militares están apoyando una batalla privada de búsqueda de mercados con la excusa de que es una batalla en pro de las exportaciones, es decir, contra los fabricantes extranjeros.

Casi todos los proyectos de nuevos tipos de armamento y sistemas de comunicación han sido encomendados a compañías privadas. Los contratos no proporcionan beneficios exorbitantes, pero garantizan un negocio sin riesgos.

Aunque en los contratos se establecen precios fijos, si la compañía puede verificar sus costes de producción recibe una prima que puede oscilar entre un 3 y un 5 por 100. Pero los «managers» industriales se las arreglan para confundir a los tasadores del Ministerio, quienes muchas veces siguen ignorando, pongamos por caso, el coste de construcción de un barco incluso después de que éste ha sido retirado definitivamente de servicio.

Hasta finales de 1971, los armadores alemanes habían vendido a otros países un total de seis corbetas, 28 submarinos, 26 torpederos y 88 barcos pequeños de diversos tipos. Los clientes fueron Portugal, Grecia, Argentina, Colombia, Ecuador y Brasil.

La industria aeronáutica había exportado hasta la misma fecha cuatrocientos ochenta y dos aviones: 400 de los cuales habían sido fa-

bricados por Dornier. Portugal concretamente adquirió 50 «Dornier 27», un tipo de avión útil para combatir a los guerrilleros de las selvas africanas.

Los exportadores de armas germanas han hecho además acto de presencia en todos los puntos críticos del globo: Israel, las naciones árabes, India y Pakistán, colonias portuguesas africanas, Indonesia y Nigeria.

En Birmania, Argelia, Indonesia, Nigeria y el Sudán están ya funcionando fábricas de armas construidas por firmas germanas. La firma de Heckler y Loch está levantando una planta en Tailandia, y el grupo Fritz-Werner, de Berlín, otra en el Irán.

A pesar de ello, los fabricantes de armas no hacen más que quejarse de las restricciones del Gobierno de Bonn desde que el ministro de Defensa socialdemócrata, Helmut Schmidt, decidió controlar las exportaciones de armamento, limitándolas básicamente a los países integrantes de la NATO.

Las compañías logran, sin embargo, eludir esos controles gubernativos fabricando en el extranjero bajo licencia. Varios armadores, por ejemplo, se han establecido ya en Malasia y el Brasil.

A medida que se complican los sistemas de armamento, más obligadas se ven las compañías a formar consorcios, lo cual significa que la seguridad militar del país depende cada vez en mayor medida de un pequeño número de compañías selectas.

Hoy, a veintisiete años del final de la segunda guerra mundial, la economía germana se halla en una situación de dependencia cada vez mayor de la industria de armamentos. El crecimiento económico de Munich como área industrial se basa esencialmente en la fabricación de armamentos.

El complejo militar-industrial conoce muy bien los mercados. En sus distintos departamentos, los fabricantes están llevando a cabo análisis y previsiones para el futuro. El director de la planta de fabricación de tanques de la Krauss-Maffei está planeando ya una campaña de ventas sobre la base de las «necesidades previsibles de los militares en la década de los ochenta».

Uno de los responsables de la Rheinmetall, Falcke, afirma por su parte: «La larga experiencia heredada por los ingenieros alemanes quedó interrumpida por primera vez en 1945. Procuramos que no vuelva a producirse una nueva interrupción por falta de encargos».

También Boelkow aconseja vigilancia a los industriales. «Pertenezcamos a la generación que huyó de los rusos», advierte. Sin duda alguna, la industria está preparada para el combate. ■ (Copyright 1972 Der Spiegel.)